

Se juega aquí, en mi cuerpo¹

MARÍA-CRUZ ESTADA²

Es difícil escribir un trabajo sobre la diferencia sexual en Word. Si se escribe un término sexual lo subrayan en rojo y si se pide agregar “pene” al diccionario dicen ¡que estálleno!; al escribir alienación, lo cambian por un “alineación” y así con muchas palabras. Hay que hacer algo.

Tanta finura en el procesador de texto contrasta con el desenfado rayano en obscenidad con el que se habla actualmente en la sociedad española de lo relativo al sexo: asistimos a la exposición de lo íntimo en los medios, los adolescentes enuncian a gritos las frases más soeces, artículos en revistas presentan técnicas para estimular el punto G o para lograr la multiorgasmia masculina...

Y esto a su vez choca con lo escuchado en el diván en el que muchas jóvenes se quejan no aún de frigidez (no han cristalizado el síntoma aún), pero sí de que cuando empiezan a disfrutar en una relación sexual, caen en un mar de lágrimas que obliga a su pareja a detenerse, o se angustian tras un orgasmo que les ha pillado desprevenidas haciéndoles perder pie, incluso pasan por episodios paranoides. Y en cuanto a los chicos no tengo que contarles acerca del aumento de violaciones en el extrarradio de las grandes ciudades y demás violencia entre sexos, porque ya lo conocen. Pero es que, además, cada vez más jóvenes consultan por el dineral que gastan en teléfonos eróticos o por elegir el sexo virtual a través del chat antes que el encuentro con otra piel. Ojo; no juzgar los comportamientos ajenos –ya que un analista como tal no tiene por qué promover una *Weltanschauung*– no quiere decir que no podamos mirar alrededor y acompañar con una palabra esa mirada, pues pensamos que es importante comprometerse con el tramo de historia que nos ha tocado vivir. Y nos ha tocado vivir tiempos en que el falo ha perdido reverencia. Mi generación creía que la desacralización del falo traería relaciones sexuales mejores, y lo que nos encontramos es, al contrario, un malestar

¹ Presentado el 14 de noviembre de 2003 en el 2º Congreso de Análisis Textual: “La diferencia sexual”. Facultad de Ciencias de la Información. UCM. Madrid. www.tramayfondo.com

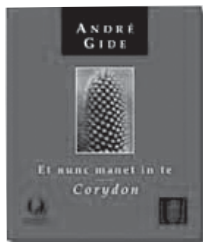
² Psicoanalista. Miembro del Consejo de Administración de la Asociación Analyse Freudienne. Miembro del Buró de la Fondation Européenne pour la Psychanalyse.



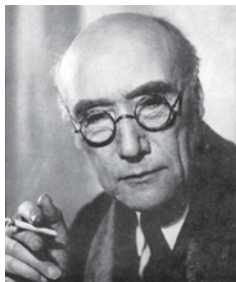
F1

F2 Carmen Maura
como Tina Quintero en
La ley del deseo

3 André GIDE: *Et nunc manet in te - Corydon*, Odisea Editorial, Madrid 2002.



F3



F4 André Gide

profundo, mayor descarnadura y un entender cada vez menos en el encuentro entre los sexos, siendo cada vez más difícil a los jóvenes acceder a las relaciones sexuales si no es con una cierta violencia o con una total prevención. Nuestra hipótesis es que **cuanto más intentamos obviar o suprimir la diferencia sexual, menos eróticamente carnales son las relaciones entre humanos y, al contrario, más descarnadas en su presentación.**

Al hilo de esto, nos sorprendió escuchar acerca de la película de Almodóvar *Hable con ella* (F1) que era una bonita historia de amor; porque si bien nos había resultado magnífica y profundamente inquietante, no vimos en ella ni algo bonito ni una historia de amor: cierto es que aparece el amor pero en un aspecto por completo solipsista. Más allá de la opinión imperante en nuestra sociedad que es la del “progre” y que éste se fascina cada vez que encuentra una transgresión de la moral tradicional sin plantearse nada de fondo, nuestra hipótesis es que si basta con que Benigno enuncie su amor y su entrega para que mucha gente saque el pañuelo de llorar, debe ser porque en estos tiempos lo imaginario está empañando en exceso a lo simbólico en su constitución de la realidad. Esto nos hizo recordar otro lugar en que Almodóvar nos invita a deslizarnos en territorios del Yo ideal en la película *La ley del deseo* (F2) cuando hace decir al transexual encarnado por Carmen Maura: “Una es más auténtica cuanto más se parece a lo que soñó de sí misma”.

Al tiempo que se proyectaba *Hable con ella*, apareció en castellano un texto de André Gide³ (F3) escrito recién muerta su esposa-prima Madeleine, y vimos un paralelismo entre la relación que unía a éstos y la que liga a Benigno con Alicia. Supongo que saben que Gide era homosexual pero que en tiempos que eran más difíciles que los actuales para orientaciones sexuales distintas –hablamos de los años 30–, decidió casarse con Madeleine a la que nunca tocó, prodigándole sin embargo lo que él llamaba un amor puro al que ella respondía con hastío, distancia y ñal no haber podido escapar de los barrotes de su propio fantasma que la dejaban presa de su marido-, fue cayendo en un estado de profundo desinterés por el mundo y por sí misma. La lectura de estas páginas nos produjo una inquietud similar a la de la película: cuanto más Gide proclama lo mucho que cuidaba de su mujer y cuánto la amaba, y cuantos más golpes de pecho se da por haberla sacrificado al amor que sentía por ella, más perversa resulta la situación. En la película de Almodóvar las protagonistas son dos mujeres heridas y en coma. He aquí algunos párrafos de Gide (F4) (los subrayados son nuestros) :

“...debido a que mi devoción por ella nunca había tenido nada

de carnal, no debía dejarse alterar por las degradaciones que producía el tiempo; y más aun, nunca amé tanto como a esa Madeleine envejecida, encorvada, postrada por las llagas varicosas que me permitía curar, casi inválida, **abandonada al fin** a mis cuidados (F5), dulce y tiernamente agradecida. ¿De qué está hecho nuestro amor entonces, me preguntaba yo, si persiste a pesar del desmoronamiento de todos los elementos que lo componen? ¿Qué se esconde tras la engañosa apariencia, **qué (es lo que) reencuentro y reconozco como lo mismo** incluso a través de las degradaciones? ¿Algo inmaterial, armonioso, radiante, que debemos llamar alma o clasificar bajo algún otro nombre? (...) Es esta **perfecta autenticidad** lo que hacía tan difícil, tan imposible, toda explicación entre nosotros". (F6)

¿A qué llama Gide perfecta autenticidad? Lo dice unas líneas más arriba: "lo que encuentro y reconozco como lo mismo" (el transexual de Almodóvar dirá: "lo que una soñó de sí misma"). La perfecta autenticidad del amor es entonces para él –como para Benigno– la que vela la diferencia, la que silencia la voz del otro para no correr el riesgo del vacío que acompaña a la palabra. Es el amor que se mueve en las arenas pantanosas de la demanda, de los complementarios, no del deseo; un mundo materno-filial que es el de la inmediatez en las respuestas (les ruego presten atención al fenómeno de las botellitas de agua: todo el mundo lleva una como si no pudiera esperar entre la sed y el grifo más próximo), el no-esfuerzo, la pereza que, disculpen, pero no es un pecado capital sino algo peor: es falta de deseo.

Y cuando falta el deseo que sólo puede venir de un vacío (tiempo, espacio, vacío) generado por la función paterna que libera al niño de intentar cumplir los anhelos del Otro materno, le ayuda a madurar y promueve una relación entre sexos carnal y romántica- entonces se desarticula el amor que queda por un lado como embobecedor de tan sublimado y por otro queda el horror de lo carnal sin matices, como ocurre en las novelas del Marqués de Sade, aunque podemos encontrar estos opuestos en los textos que nos ocupan que parecen mucho más amables que los del Marqués.

Hay una coincidencia más entre la obra de Almodóvar y la de Gide: en la película las dos mujeres están heridas, en coma, y son los hombres quienes las visten, las desvisten, las curan, las lavan... como Gide a su mujer: una total dedicación amorosa. Es horroroso que quien no ha querido tocar un cuerpo sexuado se encante al curarle las úlceras varicosas y que cuando un cuerpo en coma es como una hoja en blanco, alguien en nombre del amor le escriba un deseo que es de él y por eso se reencuentra con "lo mismo", como dice Gide, y no con algo Otro, algo diferente (de ahí que en la película, termine Benigno por pedirle a Marco que



F5 Alicia y Benigno en
Hable con ella



F6 Madeleine,
esposa de Gide

F7 *El amante menguante*F8 *El amante menguante*

4 P. ALMODÓVAR: *Hable con ella* – El Guión.



F9 Lydia y Marco

hable con él, estando él en la posición que antes ocupaba Alicia). “Lo mismo” es el propio fantasma en el que se intenta incluir al otro en una célula de virtual completud y que está bien descrito en la película muda que hay dentro de la otra: *El amante menguante* (F7), ese amante tan diminuto que sólo encuentra una manera de hacer el amor a su novia: meterse entero dentro de ella y quedarse allí; he aquí “lo mismo”, un bonito fantasma masculino: *que la mamá*(no la mujer) *quede para siempre satisfecha gracias a la intervención de su niño que se vuelve a colar dentro de ella en un intento de completarla* (F8).

Sólo el genio de Almodóvar podía unir en una misma película estas dos maneras de negar el deseo femenino; por un lado la idealización del amor cortés que priva a la mujer de su deseo sexual: la Virgen María es el ejemplo clásico, y Manolo Escobar al cantar a sus tres santas: su madre, su hija y su esposa, el ibérico y doméstico. Y por otro lado la violación –porque no olvidemos que Benigno viola a Alicia–, siendo éste un terreno resbaloso porque como fantasma sí tiene que ver con el deseo femenino **que no deja por ello de ser negado por el hombre en el acto de la violación.**

Llamamos su atención sobre una escena entre la torera y el periodista que se repite por dos veces(F9)⁴:

LYDIA (Angustiada)
¡Marco, tenemos que hablar después de la corrida!
MARCO
Llevamos una hora hablando...
LYDIA
Tú, no yo.
MARCO
Es verdad.

A pesar de su título, en esta película, los hombres hablan de ellas y por ellas, no con ellas, porque eso sería aceptar la alteridad. Y justamente la forma habitual en que los hombres pueden aceptar la diferencia sexual y el deseo en las mujeres es acusarlas de algo: brujas, locas, putas, posesivas, interesadas, demasiado listas, demasiado tontas... poco importa porque de lo que se trata es de poder inscribirlas en algún lugar que no les asuste. Es una solución molesta para las mujeres, pero más saludable psicológicamente que la que da Benigno a este miedo. Él habla de su “relación” con Alicia como “mejor que la que tienen muchos matrimonios”, lo que –aparte de su efecto de chiste– consiste en realidad en un control de Lo Otro convirtiéndolo en “lo mismo”. Este control, o el acusarlas, son diversas soluciones masculinas para evitar esa sensación de desposesión de la que hablaba un hombre cuando decía: “Las relaciones eróticas con

una mujer son una lucha desigual. Es como si ella pusiera el campo de juego y dijera: *'Se juega aquí: en mi cuerpo'*; entonces exige y eso supone una **distancia** insoportable". ¿Y si leyéramos diferencia en lugar de distancia? Porque la mujer con su deseo les asusta en su apuntar a un más allá de goce. Y el goce femenino les asusta porque no pertenece al territorio de lo mismo, de lo conocido, de lo trillado, sino que remite a su propio *héteros*, a esa zona que late en el interior de cada uno siéndonos sin embargo lo más ajeno. Zona inclasificable, de la que sólo los místicos y Lacan han dado cuenta: los unos de manera fruitiva y haciendo trazos que atrapen algo de esa fruición; el otro en forma teórica.

La película no acusa a las mujeres porque no hay deseo por ellas, sólo fascinación que conduce a una peor prisión; pensemos en lo que dice la profesora de danza (F10): "De lo masculino emerge lo femenino, de lo terreno lo etéreo, lo impalpable". Frase tramposa porque una mujer no pertenece por completo al mundo compartido con los hombres. Ella puede moverse muy bien en ese mundo –y ojalá sepa autorizarse a hacerlo– pero "no toda" porque escapa de ese universo agujereándolo y eso tiene que ver con lo que Lacan llamará "*héteros*" y no es nada etéreo.

No es un mundo etéreo el de lo femenino, en primer lugar porque no es un mundo, no es un universo; y pregunten a las mujeres si es etéreo. Tampoco es el mundo de lo natural ni de las verdades milenarias y telúricas de las mujeres que corren con los lobos⁵ (F11). Todo eso pertenece al mundo (ahí sí) de los bienes; el que compartimos hombres y mujeres que es un mundo fálico aunque se le diga femenino; es el mundo del embeleso materno-filial que apunta a la consecución de una célula de completitud intimista cargada en realidad de pulsión de muerte.

Tampoco la feminidad se sienta a la mesa con las reivindicaciones, aunque todos tenemos una deuda con esas feministas que han luchado tanto por la igualdad de derechos de las mujeres; y eso porque la reivindicación es una defensa histérica frente a la feminidad (también a las mujeres nos asusta el *héteros*) y en el fondo reclama un amo más fuerte. Y es que ese espacio Otro, se presenta a veces muy próximo a un no-lugar, o a un exceso, –así de paradójica es la cosa– y de ahí esas llantinas de muchas jóvenes frente a los embates de su sexualidad y ante la estupefacción de sus compañeros.

Ni tiene que ver la feminidad con la queja, ni con el intimismo de un "mundo" femenino natural -porque eso se comparte con los hombres-; la feminidad sólo apunta a la inconsistencia de ese mundo descompletándolo sin enfadarse y sin tener que restañarle las heridas. Y mantiene



F10 La profesora de danza
y Benigno



F11

⁵Mujeres que corren con los lobos de Clarissa PINKOLA ESTÉS, psicoanalista estudiosa de Jung, promueve la idea de la mujer salvaje interior que cada mujer tendría que rescatar y alimentar, y en este momento es muy exitosa en el mundo de "lo femenino", como lo es cualquier teoría que proponga un significante común con el que hacer conjunto, universo, de las mujeres.

espacios de sin-sentido sin cerrarlos con simulacros de objeto, de sentido. Benigno, Gide y el amante menguante –cada uno a su manera– pretenden ser el objeto que asegura el goce de su compañera, para no tener que preguntarse por ese pedacito de sin-sentido que anida en lo más profundo de todos nosotros y que nos abre una ventana a la alteridad, así... como desde un costado de cada relación de deseo... de cada relación carnal.